

ENSEÑANZAS
del QUIJOTE
para la
VIDA MODERNA



Eugenio Suárez-Galbán



La obra maestra de Cervantes lleva siglos deleitando e instruyendo a millones de personas en todo el mundo. Ahora, de la mano de uno de sus mayores conocedores, nos permite vivir nuestras vidas de manera más satisfactoria.

Fue el propio Cervantes quien defendió un conocimiento práctico y aplicable a nuestra experiencia cotidiana y por ello nos enseñó, entre otras muchas cosas, cómo actuar para sacarle el mayor partido a determinadas circunstancias de la vida o cómo evitar complicárnosla más de la cuenta.

Este libro realiza una lectura práctica y divertida del texto cervantino, no solo desde una perspectiva individual sino, también, social. Así, nos proporciona una valiosa información práctica sobre cuestiones tan relevantes como las virtudes del diálogo, la dignidad o la democracia, el amor o la misoginia, el humor o la tolerancia, las buenas intenciones y los malos resultados o las bondades y peligros del dinero. Y como al final siempre se encuentra la muerte, la obra también nos prepara para recibirla con dignidad.

Enseñanzas del *Quijote*
para la vida moderna
Eugenio Suárez-Galbán

Título: Enseñanzas del Quijote para la vida moderna

© 2016, Eugenio Suárez-Galbán

© 2016 de esta edición: Kailas Editorial, S.L.

Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals

ISBN ebook: 978-84-16523-23-8

ISBN papel: 978-84-16523-14-6

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

kailas@kailas.es

www.kailas.es

www.twitter.com/kailaseditorial

www.facebook.com/KailasEditorial

*Ángel lo ideó; Ricardo me lo explicó;
mi esposa lo sufrió, y para colmo,
en nada menos que el día de San Valentín,
el autor lo terminó.*

Prólogo y primera gran lección útil

Vamos a empezar con una anécdota que a algunos puede chocar, a otros maravillar y aun a otros hacer que se desternillen de risa.

Siempre permito, y hasta animo a los alumnos, a proponer sus propios temas a la hora de escribir un ensayo requerido, en vez de los que figuran en la lista que yo mismo sugiero para aquellos que no logran formular uno. Solo impongo una condición: que sea un trabajo de carácter académico y universitario.

No siempre fue así desde el principio, no siempre sentí esa necesidad de advertir de antemano esa condición. Cuando uno es joven y sin experiencia, a veces da por sentado lo que conviene explicar más en detalle. Esto lo aprendí de golpe al corregir los ensayos el primer año que enseñé el *Quijote*, al encontrarme con uno titulado: «Por qué don Quijote me recuerda a mi novio». Y no es que uno sea cínico o desconfiado, sino que también, aunque se es joven e inexperto, no se le escapa que hay alumnos (¿no fui yo mismo uno?) que se aprovechan de profesores primerizos para sacar mejor calificación, y también para reírse un poco y acaso granjearse cierta reputación de atrevido, listillo o simplemente gracioso. Nada de esto encajaba con la cara de la alumna que yo recordaba como la autora del ensayo. Podría ser perfectamente el caso de una chica aún adolescente cuya inseguridad la llevó a ver en don Quijote una manera útil de juzgar si su novio era lo que ella creía.

Al devolverle el trabajo sin calificación y pedirle que pasara por mi despacho para comentarlo, noté, naturalmente, una angustia en su cara que me dio a entender enseguida que la chica era incapaz siquiera de que se le ocurriera semejante broma.

No sé francamente si logré convencerla de mis argumentos al día siguiente al explicar que existían diferentes tipos de lectura: la de puro placer o diversión sin más, aunque toda lectura debe proveer algún tipo de placer; la de evasión, no siempre negativa, como se cree a veces, pues, en algunos casos, también, al igual que unas buenas vacaciones, puede brindar un escape necesario de la rutina cuando esta acumula demasiada pesadez; y la académica, la cual nos incita a pensar y analizar la vida humana más allá de nuestra propia existencia y experiencia, o en términos universales, incitándonos también, finalmente, a descubrir para valorar un planteamiento y desarrollo de carácter estético de parte del autor.

Por inocente e ingenua que parecía la niña, ni tonta ni tímida era, sino más bien inteligentemente modosita, como quedó comprobado cuando muy diplomática y finamente preguntó que si no era verdad que a partir de... Y por ahí siguió con una retahíla de nombres y hechos históricos y filosóficos que supuestamente legitimaban a su novio como tema, si no académico, al menos digno de ser considerado de igual interés humano intelectual, lo que una vez más suscitó en el joven profesor sospechas: ¿esta se ha pasado la noche preparando una defensa de su trabajito para que yo le coloque el sobresaliente! Y cuando, siendo solo la primera semana de curso, me llegó a soltar un familiar «profe», que sonaba más a un condescendiente «chaval», empecé a pensar que quizá el tonto era yo.

«A quien se humilla, Dios le ensalza», que decía don Quijote: primera gran lección útil, querido lector.

A algunos, especialmente académicos y profesores del *Quijote*, una aproximación como la de este libro, que trata

la obra maestra de Cervantes desde la perspectiva de lo útil y lo práctico, les parecerá, cuando no simplemente escandaloso, a lo menos coser y cantar, por lo fácil. Semejante conclusión me recuerda un incidente ilustrativo de lo arriesgado que puede ser asumir sin primero inquirir más cuidadosamente.

Durante años, solía tomar café yo todas las mañanas en una cafetería cerca de la universidad donde enseñaba. Era tan pequeña, que solo tenía un camarero, muy sanchopancesco, por cierto, a juzgar por el volumen de su abdomen. Después de un tiempo, entablamos suficiente confianza como para bromear, siempre con respeto, por supuesto, y con buen humor. Él, por ejemplo, se guaseaba de lo fácil que lo teníamos los profesores, con tantas vacaciones y tan pocas clases, a lo que yo le respondía con cualquier tontería. Un día, una de esas tonterías tomó la siguiente forma: ¡Qué felices deben de ser los camareros!: música de hilo, calorcito en invierno, fresquito acondicionado en verano, clientas guapas (el barrio estaba lleno de oficinas con secretarías), comida y bebida (mirando fijo hacia su panza), ¡todas las que quiera y guste!

Era hombre de fina y rápida agudeza, pero esa mañana no disparó desde la cintura, sino que tomó su tiempo colocando el cazo en la cafetera, la taza debajo, alargando la mano para poner en el platillo la bolsita de azúcar. No sé si adrede o no, pero el caso es que tras ese en él sorprendente paréntesis de silencio, se dio la vuelta y disparó justo cuando la máquina comenzó también a disparar el café: «¡Pásate aquí!».

Fue lo único que dijo, invitándome con la mano picarescamente a saltar detrás del mostrador.

Tampoco a mí me hace falta decir más para los que crean que escribir este libro, y más después de tantos años enseñando el *Quijote* desde el punto de vista principalmente académico, ha sido tortas y pan pintado, que diría el propio Sancho. Con Cervantes y con todo escritor puedo

decir: «¿Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?».

Introducción

«El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho».
(*Don Quijote*, II, 25)

Prejuicios que nos pueden perjudicar

Mucho he recordado a la niña del prólogo a lo largo de los años, pues una y otra vez las evaluaciones semestrales de los alumnos comentaban con relativa frecuencia aspectos y asuntos no abordados en clase, pero que a ellos les habían suscitado y enseñado lecciones útiles que podían poner en práctica en sus propias vidas. Las incluían como algo adicional, una especie de valor añadido, pero no necesario ni exigido por los requisitos de la asignatura. Sin embargo, el mero hecho de que no las olvidaran revela ya la importancia que tenían para ellos. Y con razón, tuve que admitir con el tiempo, y contra una larga tradición académica que las excluía (y sigue haciéndolo en muchos casos) por irrelevantes en última instancia, que, quieras que no, sí existe un lugar relevante para ellas, aun cuando este no fuera el de un ensayo académico. Esto último, sin embargo, no justifica enviarlas a ese limbo de lo prescindible, pues no lo son desde el momento que motivan la lectura, como manifiesta ese mismo hecho de su mención frecuente en las evaluaciones. Y la motivan justamente porque nos «tocan de cerca», porque nos podemos identificar en ese instante con lo

que estamos leyendo, y porque esa misma identificación puede favorecer una lectura más profunda y significativa que nos podría llevar a mayor placer y conocimiento, y así también a mayor utilidad y provecho. En fin, que lo cortés no quita lo valiente y esa grandeza artística y literaria no está forzosamente reñida con aquella otra función utilitaria.

Sucede que a veces damos cosas por sentadas que conviene recordar para no olvidar su importancia. Es lo que suele ocurrir con la lectura y su motivación en muchas ocasiones. La literatura, no hay que olvidarlo nunca, es también entretenimiento, y esto último es un factor fundamental y valioso de toda lectura.

Un lector desmotivado pronto dejará de serlo, salvo si por obligación continúa leyendo como un zombi, sin asimilar y apreciar a fondo lo que encierra el negro sobre el blanco, en cuyo caso su mente quedará tan en blanco como el de la página sin impresión. A todos nos ha ocurrido alguna vez que «se nos cae de las manos» un libro que mejor sería colocar en la mesa de noche como somnífero infalible en caso de insomnio. Es verdad que una aconsejable humildad nos debería advertir que primero deberíamos ver si el problema radica en nosotros, y si, por cualquier razón, somos incapaces, por el momento al menos, de responder a un texto que se lo merece. En todo caso, repárese en que la fórmula literaria de «curioso lector», empleada por el propio Cervantes, es más que eso, pues asume que el suyo será un lector que sabrá responder a una lectura que también se presume que mantendrá en alto su curiosidad e interés debido a los esfuerzos del autor.

Convendría recordarlo, porque también esta fuente de motivación lectora, el interés, se ha minusvalorado muchas veces, relegando el entretenimiento a una especie de subliteratura identificada con el *best seller*, como si (ya lo dice el mismo término inglés) el factor comercial de ventas descartara de golpe la posibilidad de un valor estético. *Best seller* también es *Cien años de soledad*. Pero no hay que ir

tan lejos, pues ¡el mismo *Quijote* llegó a insertarse dentro de esta categoría y por nadie menos que el mismísimo Cervantes! De ello se jacta y congratula concretamente en el capítulo tres de la segunda parte. Ahí se complace en señalar a través de las palabras de Sansón Carrasco la variedad de edades y de todo género de gente que ha leído su libro, al punto de convertirse el caballo de don Quijote, *Rocinante*, en un sinónimo en labios de la gente de cualquier rocín flaco. Esa compatibilidad entre una obra insigne por su arte y su popularidad nos brinda una reflexión que no debe pasar desapercibida: la gran ventaja, y difícil logro, dicho sea de paso, de poder incorporar a múltiples lectores de diferentes niveles culturales. Cervantes siempre alabó el estilo más directo y menos enrevesado, pese a estar tan de moda en su época el más intrincado estilo del Barroco. Esa preferencia de una forma de expresión más directa, naturalmente, hace más accesible la comprensión y asimilación de su texto, que es lo que empieza a explicar ese público numeroso. Su novela la lee todo género de gente, también, porque se puede leer a diferentes niveles y edades, sin por ello excluir una mayor complejidad para los que quieran y puedan cavar más hondo.

No debe extrañarnos que autores reconocidos por su maestría literaria admitan su agrado por esos públicos más voluminosos que disfrutaban los *best sellers*. El caso todavía reciente de la popularísima Corín Tellado, por ejemplo, ha dado pie a que un autor de la categoría de Mario Vargas Llosa recalque la importancia para cualquier escritor de poder llegar a un público tan numeroso, mientras que otro autor que gozaba igualmente de una alta estima, Guillermo Cabrera Infante, no vaciló en declarar que el ostracismo al que ha sido condenada la novela rosa, de la que Tellado era maestra, se explica por una simple envidia de los que no logran seducir a semejante número de lectores.

También existe la idea de que proveer información como objetivo principal supone asimismo caer en la sub-lite-

ratura. «Ese no es un escritor: es periodista» es la frase despreciativa más común para descalificar una profesión que se basa precisamente en la necesidad de mantener informada a una ciudadanía de noticias que pueden afectar sus vidas directamente, y que, además, proveen ese saber que elogia la cita de Cervantes que encabeza esta introducción. Periodistas también son escritores de la talla del mismo Vargas Llosa otra vez, Antonio Muñoz Molina, Galdós, Clarín, Unamuno, y una larga lista. Ciertamente abunda hoy una prensa manipuladora, muchas veces al servicio de partidos políticos e intereses económicos, pero precisamente por ello conviene tener un público lector que «ve» y «sabe» mucho, y que es así más capaz de distinguir entre propaganda y verdad, dinero y dignidad. Un lector que tenga siempre presente esa frase tan oportuna del poeta y patriota cubano José Martí: «Sed cultos, para ser libres».

Hay que rescatar ambos elementos, pues, información y entretenimiento, de algunos malentendidos que, a veces por descuido, otras debido a un claro prejuicio, dan a entender que se trata de medios, más que literarios, panfletarios, incapaces de proveer ni un entretenimiento sano ni un conocimiento verdadero. Es verdad, por otro lado, que la gran literatura abarca una dimensión humana universal, y lo hace mediante el cultivo de una estética que refuerza esa universalidad, una belleza que nos embelesa y emociona a todos, y que por eso mismo pertenece a lectores del mundo entero. Pero cualquier libro, grande o no, clásico o comercial sin más, localista o mundial, puede ser capaz de brindar una enseñanza práctica, utilitaria, que puede beneficiar al lector en su vida cotidiana. Quizá es a esto mismo a lo que se refería el propio Cervantes cuando afirmaba, a través de su personaje Sansón Carrasco, que no hay libro malo que no tenga algo bueno (II, 3). Y si un autor logra compaginar ambos ingredientes, si, como William Faulkner, es capaz de convertir un condado perdido en los bosques de Mississippi en un universo que resucita a personajes y si-

tuaciones tan humanamente profundos y enigmáticos que nos recuerdan y remontan a los clásicos griegos, cuyas lecciones prácticas de conducta nos siguen aleccionando hoy, ¡miel sobre hojuelas!, que diría Sancho.

Por algo somos el único animal que narra

Claro que, de todos los prejuicios, el que más nos incumbe a nosotros es el que asume que la gran literatura está irremediablemente reñida con lo utilitario y lo práctico. Si el ser humano, como evidencia la Historia, es un animal que narra historias, la sola capacidad de contar ya de por sí encierra un valor, siquiera al confirmar simultáneamente que es un animal racional capaz de coordinar el lenguaje para fraguar relatos que pueden proveer diversas ideas, mensajes, lecciones. Y, claro está, se cuenta porque alguien se interesa y escucha, por decirlo ahora con otra de esas perogrulladas que a veces conviene recordar. No solo nunca ha dejado el ser humano de contar historias a través de diferentes medios, desde la oralidad a la escritura ideográfica, a la misma pintura sin más, sino que las propias publicaciones tan populares que cuentan las peripecias y vicisitudes, por no decir los chismes, de los famosos, ¿qué son sino relatos, malsanos o no, que satisfacen esa necesidad de contar y oír historias? Y, ¿no hacen lo mismo los otros géneros artísticos, desde la pintura calificada de narrativa, ya aludida, al cine narrativo, y hasta la música que acompaña a un film y complementa emociones y acciones de la pantalla? Todos los apocalípticos pronósticos respecto a la muerte inmediata de la narrativa, y especialmente de la novela, han resultado, no ya falsos, sino hasta irónicamente falsos, por cuanto el resultado también ha sido con frecuencia un resurgimiento mayor de ella. Véase, si no, el caso del siglo pasado, que, tras el auge de la novela del siglo diecinueve, se profetizó como el de la tumba del género. Nada menos

que los nombres de todos conocidos por su fama literaria, como el de Joyce, Proust, Faulkner, Kafka, García Márquez, entre tantos otros, estarían en esa tumba (o panteón más bien) vacía de novela.

Pues bien: ¿y por qué, y para qué y para quién narra el hombre, entendido este en su dimensión genérica total, masculina y femenina? Evidentemente, porque necesita explicar y explicarse el mundo y los misterios que le han tocado vivir; evidentemente también, para que esa explicación le ayude a entender cómo comportarse para controlar lo mejor posible ese mundo. Viene a ser más o menos lo mismo que manifiesta el *Quijote* de manera literaria e históricamente singular, como veremos paso a paso a lo largo de este libro. Pero ahora enfoquemos las respuestas a esa pregunta que busca las razones del narrar humano, y hagámoslo desde una perspectiva general que nos remonte a los mismos comienzos de la humanidad según la hemos heredado nosotros, es decir, un ser humano ya capaz de narrar historias.

Fijémonos, para empezar, en que es el factor útil el que primero aparece —contar para saber cómo interpretar y así dominar el universo con mayor éxito—, y explicitemos otra vez que así fue desde los tiempos más remotos, y así sigue siendo hoy, aun cuando no nos demos cuenta de ello, pues seguimos buscando en el arte, en este caso el de contar, la razón de nuestro ser y nuestra existencia. Pensemos en las cuevas prehistóricas, la de Altamira, sin ir más lejos, cuyas pinturas probablemente celebran el recuerdo de un rito de iniciación, función socialmente práctica, lo que no obsta, sin embargo, para que ya podamos apreciar ahí incluso un elemento estético, dicho sea de paso. Pues ahí los cazadores jóvenes aprendían cómo cazar a través de dibujos que ilustraban sus presas. Al descubrirse la cueva en 1868, muchos dudaron de la autenticidad de sus pinturas, pues consideraban imposible que el hombre paleolítico fuera capaz de crear un arte tan claro y tan preciso. Los animales refle-